

Apuntes para Retiro viernes santo 2023

Parroquia de la Santa Cruz. Ñuñoa

Pbro. Juan Francisco Pinilla Aguilera

«No tengas miedo de la **santidad**» (GE, 32)¹.

Cultivar un espíritu de santidad.

Nos hemos reunido este viernes santo para reflexionar nuestra fe. El viernes santo hacemos memoria de un acontecimiento cruento y doloroso como es la crucifixión de nuestro Señor, cruz que es camino de su resurrección. Desde estos acontecimientos podemos leer nuestro presente en clave de su Pascua, de su paso de la muerte a la vida inmortal. Nos preguntamos entonces, ¿Cuánto de viernes santo nos toca vivir en nuestros días y cómo se nos abre el camino de la vida?

Nuestro viernes actual tiene muchos dolores y malestares, permítanme aludir someramente a algunos: la discriminación de la mujer y la lucha por su dignidad y su rol, representada por diversos movimientos feministas; los reclamos históricos del mundo indígena minusvalorado; la tragedia diaria de los migrantes a nivel mundial; una nueva comprensión de la sexualidad, el género, el transgénero y el pluriamor; el flagelo de la droga y el poder narco devastador; la mutación de la familia tradicional, nuestro país lidera, hoy por hoy, el ranking de la Oede de hijos nacidos fuera del matrimonio: el 71%; las familias monoparentales; la violencia legitimada como método de denuncia; el riesgo permanente de los incendios; la agonía ecológica; la corrupción; el desprecio del valor de la vida; la crisis de la educación, de la salud y de la previsión social; la pauperización del lenguaje y de las costumbres sociales (y del pensamiento); la crisis eclesial, no solo de los abusos, sino también de la autoridad eclesiástica y del disenso doctrinal... Y todo esto se da, en un ambiente que en su gran mayoría continua siendo cristiano, pero liderado por comunicadores de una elite que ya ha borrado el cristianismo de Occidente, considerándolo como un resabio cultural superado; reducido a tema patrimonial. No pretendo una mirada exhaustiva de las causas.

Todos sentimos que aparecen tanto desafíos simultáneos a la fe de las culturas ambientes con sus “militancias” ideológicas de diversa índole. Además, todas estas cuestiones emergentes se nos presentan de manera ambigua lo que provoca perplejidad. En efecto, el derecho que cada causa enarbola es legítimo, pero las soluciones propuestas de modo absoluto y excluyente, resultan partidistas, como quien cambia una dictadura por

¹ «No te quitará fuerzas, vida o alegría. Todo lo contrario, porque llegarás a ser lo que el Padre pensó cuando te creó y **serás fiel a tu propio ser**». Francisco, GE 32.

otra. Ya lo hizo en el pasado un país centroeuropeo, que en solo 15 años pasó de una sangrienta revolución a coronar un emperador.

Todas estas realidades las vivimos a diario y es el espacio de la misión que el Señor nos entrega, allí proclamamos de palabra y obra, nuestra fe en Jesucristo, muerto y resucitado; asesinado por envidia y victorioso por su amor. El panorama es desolador, como los incendios simultáneos del verano. Muchas veces, tratamos de equilibrar esta mirada con hechos positivos, pero esos hechos no alcanzan una cobertura mediática que se haga cultura, se restringen a acciones privadas. En este contexto vital ¿hacia dónde mira nuestra gente, qué punto de referencia le queda? ¿Qué testimonio de vida se espera de los cristianos? ¿Qué podemos ofrecer como levadura de un mundo nuevo? ¿Qué caminos nos abre el Espíritu Santo?

Para nuestra vivencia de creyentes y de Iglesia en el mundo actual, quisiera recordar las proféticas palabras del entonces cardenal Ratzinger, que Peter Seewald publicó en 2001; en aquella entrevista, propósito de la Iglesia, se citaba a Romano Guardini (+1968), sacerdote escritor y académico, sobre la necesidad de esencializar:

Concentrarse... sobre lo esencial, que podrá después encontrar nuevos modos de encarnarse. Es importante **un proceso de simplificación** que nos consienta **distinguir** lo que constituye **la viga maestra de nuestra doctrina, de nuestra fe, lo que en ella tiene un valor perenne**. Es importante volver a proponer, en sus componentes fundamentales, las grandes constantes de fondo, los interrogantes sobre Dios, la salvación, la esperanza, la vida, sobre todo lo que éticamente tiene **un valor básico**.

En el año 69, el entonces profesor Ratzinger señalaba también en una entrevista de una radio alemana que el futuro² de la Iglesia era de pequeñas comunidades convencidas de su fe:

Con esto hemos llegado a nuestro hoy y a la reflexión sobre el mañana. **El futuro de la Iglesia** puede venir y vendrá también hoy sólo de la fuerza de quienes tienen raíces profundas y viven de la plenitud pura de su fe. El futuro no vendrá de quienes

² “Seamos, por consiguiente, prudentes con los pronósticos. Aún es válida la palabra de Agustín según la cual el ser humano es un abismo; nadie puede observar de antemano lo que se alza de ese abismo. Y quien cree que la Iglesia no está determinada sólo por ese abismo que es el ser humano, sino que se fundamenta en el abismo mayor e infinito de Dios, tiene motivos más que suficientes para abstenerse de unas predicciones cuya ingenuidad en el querer-tener-respuestas podría revelar sólo ignorancia histórica”.

sólo dan recetas. No vendrá de quienes sólo se adaptan al instante actual. No vendrá de quienes sólo critican a los demás y se toman a sí mismos como medida infalible.

Tampoco vendrá de quienes eligen sólo el camino más cómodo, de quienes evitan la pasión de la fe y declaran falso y superado, tiranía y legalismo, todo lo que es exigente para el ser humano, lo que le causa dolor y le obliga a renunciar a sí mismo. Digámoslo de forma positiva: el futuro de la Iglesia, también en esta ocasión, como siempre, quedará marcado de nuevo con el sello de los santos. Y, por tanto, por seres humanos que perciben más que las frases que son precisamente modernas. Por quienes pueden ver más que los otros, porque su vida abarca espacios más amplios.

La generosidad que libera a las personas se alcanza sólo en la **paciencia de las pequeñas renunciaciones cotidianas a uno mismo**. En esta **pasión cotidiana**, la única que permite al ser humano experimentar de cuántas formas diferentes, **lo ata su propio yo**, en esta pasión cotidiana y sólo en ella, se abre el ser humano poco a poco. **Él solamente ve en la medida en que ha vivido y sufrido**. Si hoy apenas podemos percibir aún a Dios, se debe a que nos resulta muy fácil evitarnos a nosotros mismos y **huir de la profundidad de nuestra existencia, anestesiados** por cualquier comodidad. Así, lo más profundo en nosotros sigue sin ser explorado. Si es verdad que sólo se ve bien con el corazón, ¡qué ciegos estamos todos!

[...] Permanecerá la Iglesia de Jesucristo, la Iglesia que cree en el Dios que se ha hecho ser humano y que nos promete la vida más allá de la muerte. De la misma manera, el sacerdote que sólo sea un funcionario social puede ser reemplazado por psicoterapeutas y otros especialistas. Pero seguirá siendo aún necesario el sacerdote que no es especialista, que no se queda al margen cuando aconseja en el ejercicio de su ministerio, sino que en nombre de Dios se pone a disposición de los demás y se entrega a ellos en sus tristezas, sus alegrías, su esperanza y su angustia.

Demos un paso más. También en esta ocasión, de la crisis de hoy **surgirá mañana una Iglesia que habrá perdido mucho**. Se hará pequeña, tendrá que empezar todo desde el principio. Ya no podrá llenar muchos de los edificios construidos en una coyuntura más favorable. Perderá adeptos, y con ellos muchos de sus privilegios en la sociedad. Se presentará, de un modo mucho más intenso que hasta ahora, como **la comunidad de la libre voluntad, a la que sólo se puede acceder a través de una decisión**. Como pequeña comunidad, reclamará con mucha más fuerza la iniciativa de cada uno de sus miembros.

[...] Pero en estos cambios que se pueden suponer, la Iglesia encontrará de nuevo y con toda la determinación **lo que es esencial para ella, lo que siempre ha sido su centro: la fe en el Dios trinitario, en Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, la ayuda del Espíritu que durará hasta el fin.** La Iglesia reconocerá de nuevo **en la fe y en la oración su verdadero centro** y experimentará nuevamente los sacramentos como celebración y no como un problema de estructura litúrgica.

Será una Iglesia interiorizada, que no suspira por su mandato político y no flirtea con la izquierda ni con la derecha. Le resultará muy difícil. En efecto, el proceso de la cristalización y la clarificación le costará también muchas fuerzas preciosas. **La hará pobre, la convertirá en una Iglesia de los pequeños.** El proceso resultará aún más difícil porque habrá que eliminar tanto la estrechez de miras sectaria como la voluntariedad envalentonada. Se puede prever que todo esto requerirá tiempo [...].

Pero tras la prueba de estas divisiones surgirá, de **una Iglesia interiorizada y simplificada**, una gran fuerza, porque los seres humanos serán indeciblemente solitarios en un mundo plenamente planificado. Experimentarán, cuando Dios haya desaparecido totalmente para ellos, **su absoluta y horrible pobreza. Y entonces descubrirán la pequeña comunidad de los creyentes como algo totalmente nuevo. Como una esperanza importante para ellos, como una respuesta que siempre han buscado a tientas. A mí me parece seguro que a la Iglesia le aguardan tiempos muy difíciles. Su verdadera crisis apenas ha comenzado todavía. Hay que contar con fuertes sacudidas.** Pero yo estoy también totalmente seguro de lo que permanecerá al final: no la Iglesia del culto político, ya exánime, sino la Iglesia de la fe. Ciertamente ya no será nunca más la fuerza dominante en la sociedad en la medida en que lo era hasta hace poco tiempo. Pero florecerá de nuevo y se hará visible a los seres humanos como la patria que les da vida y esperanza más allá de la muerte. La Iglesia católica sobrevivirá a pesar de los hombres y las mujeres, no necesariamente gracias a ellos. Y aun así, todavía nos queda trabajo por hacer. Debemos rezar y cultivar el autosacrificio, la generosidad, la lealtad, la devoción sacramental y una vida centrada en Cristo.

Todo esto llama a preguntarnos en profundidad cómo estamos viviendo la fe. ¿Qué constituye para nosotros la esencia de la fe, con una convicción firme y serena? Y en concreto, cómo se expresa a diario esta vida de fe, ya lo afirmó el Papa Juan Pablo II en el cambio de milenio. Una necesidad de vivir desde dentro y ante la crisis, renacer desde ese

interior. Desde la novedad que será siempre el evangelio de Jesucristo y su salvación. Es tiempo de vivir desde el núcleo.

¿Cómo vivir la fe desde dentro, no como un simple legado cultural o familiar, sino como decisión personal por el evangelio? ¿Cómo ser testigos fiables de la fe?

Hay una clásica y muy manida expresión de un gran teólogo alemán, Karl Rahner, quien afirmaba el año 66: «La persona espiritual (*Frome*) del futuro o será un “místico”, es decir, una persona que ha “experimentado algo”, o no será espiritual, porque la espiritualidad del futuro no se apoyará ya en una convicción unánime, evidente y pública, ni en un ambiente religioso generalizado, previos a la experiencia y a la decisión personales»³. Hay aquí dos afirmaciones. Generalmente se cita la primera parte, acerca del cristiano místico, y se olvida la segunda parte, que da la razón de aquella realidad. Una experiencia de fe personal, privada de un soporte cultural.

Estos profetas de fines de los sesenta, que además participaron activamente del Concilio vaticano II, no solo vieron con lucidez el desarrollo de la crisis de Occidente, sino que previeron su medicina.

Es muy radical afirmar que se debe “comenzar desde el principio”, después de una tradición bimilenaria, en el mismo sentido se pronunciaba entonces Juan Pablo II a inicios del tercer milenio del cristianismo. Comenzar desde el principio es un volver a las fuentes, a la experiencia fundante de la Iglesia, la cual creció en medio de persecuciones y martirios. Significa renacer desde el interior. Desde la novedad que será siempre el evangelio de Jesucristo y su salvación.

Hoy es tiempo de vivir desde el núcleo: amarás... No es tiempo de mirarse al ombligo, de enredarse en escaramuzas de egos personales. En una palabra, necesitamos creyentes santos; personas maduras en su fe, que se dejan guiar por el Espíritu del Señor Resucitado⁴. Miremos la primera comunidad cristiana en la síntesis de Hechos 1,14: Todos

³ Karl Rahner, «Espiritualidad antigua y actual» en *Escritos de Teología VII*, (Madrid: Taurus, 1969), 25. (Frömmigkeit früher und heute, in: DERS., Schriften zur Theologie, Bd. VII, Einsiedeln – Zürich – Köln 1966, 11–3; *Ver también*: Karl Rahner, «Ser cristiano en la iglesia del futuro» (Christsein in der Kirche der Zukunft, Orientierung 44 (1980) 65-67) https://seleccionesdeteologia.net/selecciones/llib/vol21/84/084_rahner.pdf.

⁴ «El Concilio, aunque no empleó el tono severo de Juan Bautista, cuando a orillas del Jordán exhortaba a la penitencia y a la conversión (cf. *Lc 3, 1-17*), ha puesto de relieve algo del antiguo Profeta, mostrando con nuevo vigor a los hombres de hoy a Cristo, el « Cordero de Dios que quita el pecado del mundo » (*Jn 1, 29*), el Redentor del hombre, el Señor de la historia. En la Asamblea conciliar la Iglesia, queriendo ser plenamente fiel a su Maestro, se planteó su propia identidad, descubriendo la profundidad de su misterio de Cuerpo y Esposa de Cristo. Poniéndose en dócil escucha de la Palabra de Dios, confirmó la vocación universal a la santidad; dispuso la reforma de la liturgia, « fuente y culmen » de su vida; impulsó la renovación de muchos aspectos de su existencia tanto a nivel universal como al de Iglesias locales; se empeñó en la promoción de las distintas vocaciones cristianas: la de los laicos y la de los religiosos, el ministerio de los diáconos, el de los sacerdotes y el de los Obispos; redescubrió, en particular, la colegialidad episcopal, expresión privilegiada del servicio pastoral desempeñado por los Obispos en comunión con el Sucesor de Pedro. Sobre la base de esta profunda renovación, el Concilio se abrió a los cristianos de otras Confesiones, a los seguidores de otras

ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu, en compañía de algunas mujeres, y de María la madre de Jesús, y de sus hermanos; 2,42: «Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en la fracción del pan y en las oraciones».

Pedagógicamente, vamos a suponer las cosa a escala personal, todos somos Iglesia, pero si afirmara hoy de manera muy sencilla: yo soy la Iglesia. Entonces, ¿Qué decisiones me toca hacer en este tiempo? No de modo abstracto y general, sino desde la conversión personal, ¿qué obstáculos pongo hoy al Reino de Dios? ¿Qué actitudes mías destruyen la comunión, siembran división y sospecha...? ¿qué capacidad tengo de mirarme críticamente y emprender un cambio? La peor tentación es creerse listo/a para el cielo, cuando mis hermanos/as tendrían tantas cosas que declararme...

¿Cómo iluminar este tiempo? ¿Cómo ser testigos fiables de la fe?

Volvamos al segundo texto:

[...] La **generosidad** que libera a las personas se alcanza sólo en la **paciencia** de las **pequeñas renunciaciones cotidianas** a uno mismo. En **esta pasión cotidiana**, la única que permite al ser humano experimentar de cuántas formas diferentes, lo ata su propio yo, en **esta pasión cotidiana** y sólo en ella, se abre el ser humano poco a poco. Él solamente ve **en la medida en que ha vivido y sufrido**. Si hoy apenas podemos percibir aún a Dios, se debe a que nos resulta muy fácil evitarnos a nosotros mismos y huir de la profundidad de nuestra existencia, **anestesiados** por cualquier comodidad...

Esto actualiza la enseñanza clásica de la espiritualidad cristiana sobre la reforma del ego, y que está en la base de los dos grandes enemigos actuales de la santidad que señala el papa Francisco, el gnosticismo y el pelagianismo, un ego centrado en el saber y otro en la voluntad. Ambos enemigos ignoran la gracia de Dios y la acción del espíritu santo en la iglesia. El papa Francisco ha insistido en la santidad en el mundo actual (2018), nos ha dicho: La santidad es el rostro más bello **de** la Iglesia. Pero aun fuera de la Iglesia Católica y en ámbitos muy diferentes, el Espíritu suscita «signos de su presencia, que ayudan a los mismos discípulos de Cristo» (GE,9)⁵.

religiones, a todos los hombres de nuestro tiempo. En ningún otro Concilio se habló con tanta claridad de la unidad de los cristianos, del diálogo con las religiones no cristianas, del significado específico de la Antigua Alianza y de Israel, de la dignidad de la conciencia personal, del principio de libertad religiosa, de las diversas tradiciones culturales dentro de las que la Iglesia lleva a cabo su mandato misionero, de los medios de comunicación social» (Juan Pablo II. TMA, 19).

⁵ En realidad, poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias. Significa expresar la convicción de que, si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad

La santidad es el camino del bautismo:

Deja que la gracia de tu Bautismo **fructifique** en un camino de santidad. Deja que todo esté abierto a Dios y para ello opta por él, elige a Dios una y otra vez. No te desalientes, porque tienes la fuerza del Espíritu Santo para que sea posible, y la santidad, en el fondo, es el fruto del Espíritu Santo en tu vida (cf. Ga 5,22-23) (GE,15).

Y nos da ejemplos bien concretos, “pequeños gestos”:

Esta santidad a la que el Señor te llama irá creciendo con pequeños gestos. Por ejemplo: una señora va al mercado a hacer las compras, encuentra a una vecina y comienza a hablar, y vienen las críticas. Pero esta mujer dice en su interior: «No, no hablaré mal de nadie». Este es un paso en la santidad. Luego, en casa, su hijo le pide conversar acerca de sus fantasías, y aunque esté cansada se sienta a su lado y escucha con paciencia y afecto. Esa es otra ofrenda que santifica. Luego vive un momento de angustia, pero recuerda el amor de la Virgen María, toma el rosario y reza con fe. Ese es otro camino de santidad. Luego va por la calle, encuentra a un pobre y se detiene a conversar con él con cariño. Ese es otro paso GE, 16.

Podríamos multiplicar hoy estos signos, en la vida parroquial y en nuestros hogares.

Esa misión tiene su sentido pleno en Cristo y solo se entiende desde él. En el fondo la santidad es vivir en unión con él los misterios de su vida. Consiste en asociarse a la muerte y resurrección del Señor de una manera única y personal, en morir y resucitar constantemente con él. Pero también puede implicar reproducir en la propia existencia distintos aspectos de la vida terrena de Jesús: su vida oculta, su vida comunitaria, su cercanía a los últimos, su pobreza y otras manifestaciones de su entrega por amor. La contemplación de estos misterios, como proponía san Ignacio de Loyola, nos orienta a hacerlos carne en nuestras opciones y actitudes [18]. Porque «todo en la vida de Jesús es signo de su misterio» [19], «toda la vida de Cristo es Revelación del Padre» [20], «toda la vida de Cristo es misterio de Redención» [21], «toda la vida de Cristo es misterio de Recapitulación» [22], y «todo lo que Cristo vivió hace que podamos vivirlo en él y que él lo viva en nosotros» [23] (GE,20).

El designio del Padre es Cristo, y nosotros en él. En último término, es Cristo amando en nosotros, porque «la santidad no es sino la caridad plenamente vivida»[24]. Por lo tanto, «la santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros, por el grado como, con la fuerza del Espíritu Santo, modelamos toda nuestra vida según la suya» [25]. Así, cada santo es un mensaje que el Espíritu Santo toma de la riqueza de Jesucristo y regala a su pueblo (GE, 21).

de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Preguntar a un catecúmeno, « ¿quieres recibir el Bautismo? », significa al mismo tiempo preguntarle, « ¿quieres ser santo? » Significa ponerle en el camino del Sermón de la Montaña: « Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial » (Mt 5,48) (Juan Pablo II. TMI, 31).

Nos hace falta un espíritu de santidad que impregne tanto la soledad como el servicio, tanto la intimidad como la tarea evangelizadora, de manera que cada instante sea expresión de amor entregado bajo la mirada del Señor. De este modo, todos los momentos serán escalones en nuestro camino de santificación (GE,31).

+++

El Papa repropone el camino de las bienaventuranzas como signo inequívocos de la santidad cristiana. Tema que requeriría toda una jornada de profundización. Acojamos las cinco características que el Papa subraya para nuestro camino, al modo de preguntas y examen de conciencia:

1. Aguante, paciencia y mansedumbre [112-121]

La primera de estas grandes notas es estar centrado, firme en torno a Dios que ama y que sostiene. Desde esa firmeza interior es posible aguantar, soportar las contrariedades, los vaivenes de la vida, y también las agresiones de los demás, sus infidelidades y defectos: «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?» (Rm 8,31). Esto es fuente de la paz que se expresa en las actitudes de un santo.

2. Alegría y sentido del humor [122-128]

El santo es capaz de vivir con alegría y sentido del humor. Sin perder el realismo, ilumina a los demás con un espíritu positivo y esperanzado. Ser cristianos es «gozo en el Espíritu Santo» (Rm 14,17), porque «al amor de caridad le sigue necesariamente el gozo, pues todo amante se goza en la unión con el amado [...] De ahí que la consecuencia de la caridad sea el gozo».

3. Audacia y fervor [129-139]

Pero el Señor nos llama para navegar mar adentro y arrojar las redes en aguas más profundas (cf. Lc 5,4). Nos invita a gastar nuestra vida en su servicio. Aferrados a él nos animamos a poner todos nuestros carismas al servicio de los otros. Ojalá nos sintamos apremiados por su amor (cf. 2 Co 5,14) y podamos decir con san Pablo: «¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1 Co 9,16).

4. En comunidad [140-146]

Es muy difícil luchar contra la propia concupiscencia y contra las asechanzas y tentaciones del demonio y del mundo egoísta si estamos aislados. Es tal el bombardeo que nos seduce que, si estamos demasiado solos, fácilmente perdemos el sentido de la realidad, la claridad interior, y sucumbimos. 141. La santificación es un camino comunitario, de dos en dos. Así lo reflejan algunas comunidades santas.

5. En oración constante [147-157]

Finalmente, aunque parezca obvio, recordemos que la santidad está hecha de una apertura habitual a la trascendencia, que se expresa en la oración y en la adoración. El santo es una persona con espíritu orante, que necesita comunicarse con Dios. Es alguien

que no soporta asfixiarse en la inmanencia cerrada de este mundo, y en medio de sus esfuerzos y entregas suspira por Dios, sale de sí en la alabanza y amplía sus límites en la contemplación del Señor. No creo en la santidad sin oración, aunque no se trate necesariamente de largos momentos o de sentimientos intensos.

Terminemos poniendo esta mañana y sus frutos en el corazón de nuestra madre, la Virgen María. Dios te salve, reina y madre de misericordia...